

La Semana Ilustrada

Año I.

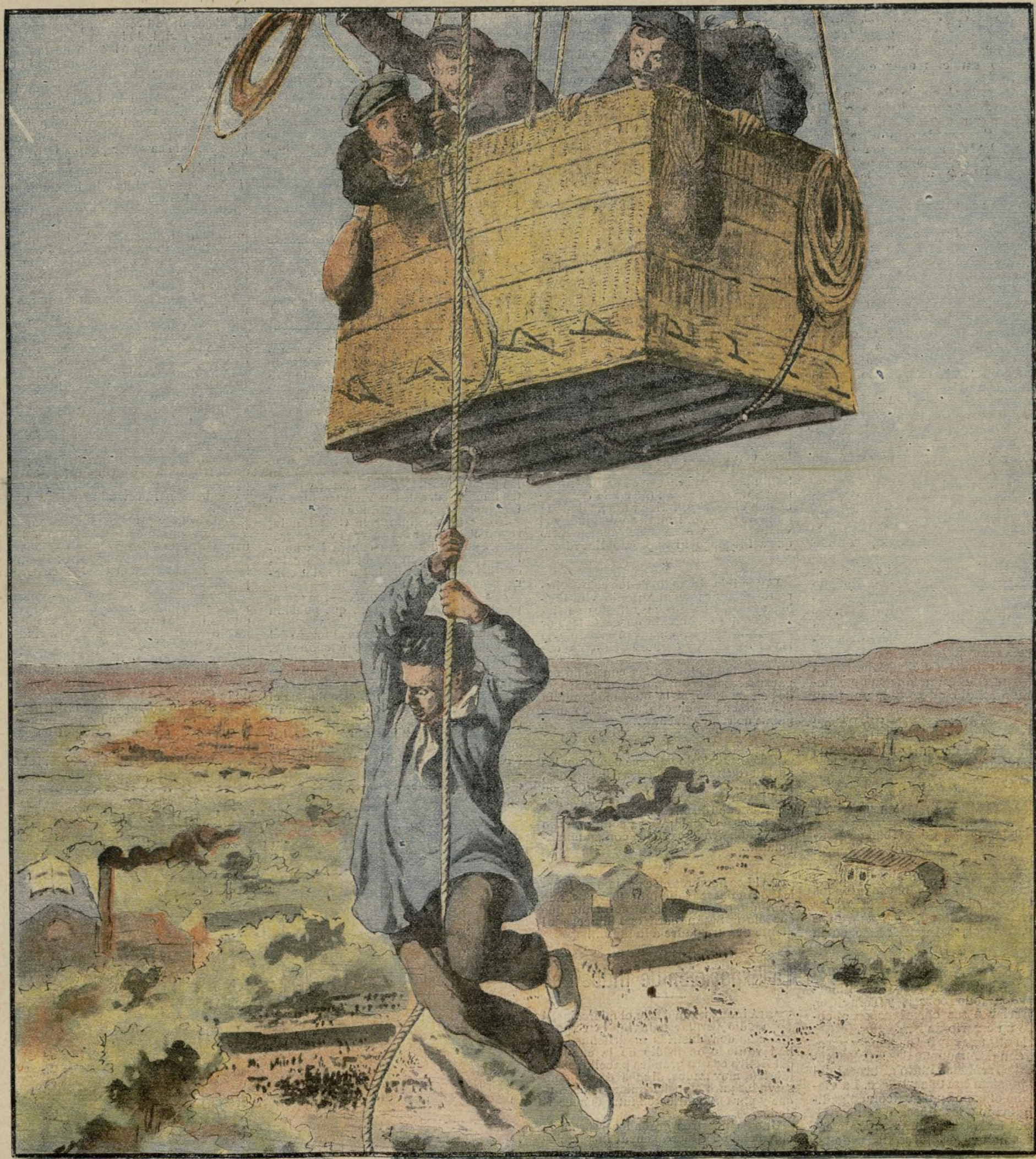
Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 15 de Junio de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. 7.

ASCENSION TRAGICA



UN MUCHACHO QUE SE ESTRELLA POR IMPRUDENCIA

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRAS PLANAS EN COLOR

Ascensión trágica.

En Pueblo Nuevo, á medio kilómetro de Barcelona, iban á verificar hace unos días una ascensión en el globo *Cierzo* el conde de Mendoza Cortina, su hermano y uno de sus íntimos.

Como punto de partida habían elegido un campo inmediato al camino de los Capellanes, á poca distancia del sitio desde donde se elevaron los globos en el último concurso.

Los expedicionarios hacían sus preparativos, ayudados por varios trabajadores de la fábrica del gas Lebon, á los que dirigía el experto empleado del Aéreo Club de Madrid, Sr. Mercado, y las operaciones preliminares verificáronse sin el menor entorpecimiento.

Al ordenarlo el conde de Mendoza, los trabajadores soltaron la barquilla y el *Cierzo* comenzó á elevarse pausadamente. Su propietario observaba, sorprendido, la escasa fuerza ascensional del aerostato, cuando de pronto un grito de pavor demostró que algo grave ocurría.

En efecto; dos obreros, bromeando, con una atteradora imprudencia, se habían cogido al globo. Uno de ellos, que estaba agarrado á los travesaños de la barquilla, al verse en peligro, se soltó desde muy poca altura, y cayó á tierra sin sufrir el menor daño.

El globo, libre de su peso, dió un enorme salto, y el otro trabajador afeórase desesperadamente á la cuerda, exhalando gritos de angustia.

Los tripulantes del *Cierzo* oyeron claramente una voz trémula de espanto, que decía:

—¡Salvadme! ¡Salvadme!

El conde, asombrado, miró á tierra creyendo que algún bromista le llamaba con una bocina, y de pronto vió á un individuo que, cogido con una sola mano á una cuerda, se mecía siguiendo las oscilaciones del globo.

Sobrecogido al ver la situación del infeliz, le echó precipitadamente un cordel en forma de comba, para que pudiera mantenerse sentado, animándole con sus palabras.

El muchacho agarróse al cordel con la boca y una mano, y antes de que pudiera repetirse la operación salvadora, soltóse, falto de fuerzas y de valor, y se precipitó con la violencia de un proyectil desde una altura de setecientos metros. El desdichado aplastóse en el camino de los Capellanes á San Martín, frente á la fábrica de Puntí, donde acudió en seguida una gran multitud.

Llamábase el muerto Emilio Robert Perera, tenía veinte años y trabajaba en una fábrica de vidrios establecida en Pueblo Nuevo.

18 18

Drama en un corral.

En las montañas de Liébana (Asturias) ha ocurrido un suceso verdaderamente aterrador.

Unos vaqueros apacentaban sus reses en el monte, cuando, súbitamente, los canes, que habían dado varias veces muestras de inquietud, comenzaron á ladrar, furiosos, é internáronse en la espesura.

Había excitado la cólera de los perros un oso que rondaba por aquellos lugares, y la fiera, al verse descubierta, huyó á todo correr, y refugióse, para burlar á sus enemigos, en el corral de un caserío de Breznales.

Vivía allí una mujer anciana y paralítica, con dos pequeñuelas, nietas suyas. Estas, sentadas junto al brocal del pozo, jugaban con una muñeca. La vieja hilaba el copo en un balcón colgadizo, vigilando á las niñas.

Al entrar la bestia, bramando de cólera, las pobres criaturas, locas de terror, quisieron salvarse subiéndose al brocal, y una cayó al pozo y la otra, alcanzada por la fiera, que la derribó de un tremendo zarpazo, murió destrozada.

La abuela, aherrrojada por su parálisis, asistió al horrendo espectáculo, y vió que el oso escapaba al oír los ladridos de los mastines que le seguían la pista.

COPLAS DE LA SEMANA

por UN REPÓRTER

“El mayor monstruo, los celos”

(REFUNDICIÓN)

Dos horteras amaban á una misma mujer, y los dos anhelaban de ella hacerse querer. Y Cirilo y Antonio no podíanse ver, porque siempre el demonio lo echaba todo á perder.

Ella, que es una moza, pero muy superior, alentando se goza de los dos el amor. Y ellos, viendo su cara, cuando algún comprador va á buscar una vara de satén ó retor, le despañan un tercio de otra tela inferior, con lo cual el comercio va de mal en peor!

*

¿Quién, lectores, no pierde la cabeza al amar; y, en lugar de hilo verde, lo da azul sin pensar?...!

Así Antonio y Cirilo, locos ambos de amar, no sabían qué es hilo ni algodón de hilvanar; y los que antes sabían «como Dios» despañar, ahora el tul confundían con... ¡la esfera armilar!

Si una «socia» nos trae de cabeza, lector, ¿quién se libra y sustraer de las leyes de Amor?... La mujer, siempre diestra para amar—sí, señor—, desde niña es maestra; ¡pero qué superior!... ¡Oh, recónditas leyes del placer y el dolor, que igualáis á los reyes con el golfo mayor!...

*

Desde el día funesto del pecado de Adán, sus retoños en esto siempre iguales serán. Como no solamente vive el hombre de pan, y su espíritu siente de querer el afán, y en el fondo del alma lleva ardiendo un volcán, ¡los hombres, con palma no nos entorpecen!...

La maldita serpiente que sirvió á Satán para que hincase el diente nuestro padre á la man... (no cabía «manzan» en el caso anterior y me ha dado la gana de *partir*, lector), será el juez y el verdugo de las causas de Amor, puesto que así le plugo al Supremo Hacedor...

*

El terrible demonio de los celos—¡horror!—montar hizo al Antonio y al Cirilo en furor, y los dos mozelbetes se llegaron á dar un porción de cachetes por querer conquistar á la joven coqueta que les hizo chillar, y perder la chabeta como locos de atar...

La piedad de las gentes consiguió separar á los dos contendientes, hartos ya de pelear. Pero, á la otra mañana, la volvieron á armar con más brío y más ganas de reñir y luchar...

*

¡Qué ensañada de palos se comieron los dos! El «querer» hace malos á los buenos, ¡redió!... Los que andaban perdidos, de una joven en pos, resultaron heridos por la gracia de Dios...

¡Pobres chicos! ¡Ahora confundir no podrán un *flech* de señora con un madapolán!...

*

¡Ay! Los hombres en esto siempre iguales serán desde el día funesto del pecado de Adán, cuando *habló* la serpiente que sirvió á Satán para que hincase el diente nuestro padre á la man...!

La Exposición de Industrias

ESTÁ inaugurada desde el miércoles, á medio perfilar todavía, la Exposición de industrias madrileñas, que ha levantado en medio de la chopera del Retiro cuatro grandes pabellones de fábrica, muy lindos, dignos de ser conservados para embellecimiento del Parque y para utilizarlos en futuras necesidades.

Uno de nuestros grabados reproduce el pabellón de Guerra, cuyas instalaciones son las que más llaman justamente la atención, pues muestran al visitante la vida militar en todos sus aspectos, con una exactitud y una verdad tan completas, que hasta los caballos y las acémilas de tiro y de convoy, enganchados y

equipados, aparecen reproducidos en su tamaño natural. Hay en la Exposición considerable número de productos de la industria de la Villa de los pueblos madrileños; muchos más de los que los profanos nos imaginábamos. Pero para completar la idea de lo que se produce en la comarca madrileña hay que tener en cuenta que lo expuesto sólo representa una pequeña parte, pues precisamente la Exposición ha descubierto lo grande que es la cantidad de productores que se han negado á exhibirse, los unos porque no sepa el público que lo que venden como extranjero nunca ha salido de las puertas de Madrid; los otros por no revelar su pequeña industria á los ojos del fisco; aquéllos, por los viejos, enemigos á la publicidad, pues creen que no la necesitan sus bonitas cosas, aunque de ellas sólo vendan para ir viviendo; muchos, en fin, por desidia y por equivocada modestia, que les hace dudar del valor de sus artículos para presentarlos en un certamen.

Con todo, con lo que hay en los pabellones ya tiene la gente para entretenerse este verano, sobre todo las señoras, que encuentran en vitrinas y estanterías muchas cosas de trapos y moños en que curiosear y recrearse. Y si como se dice, en la Exposición habrá también su parte de entretenimiento y de feria, por las tardes y por las noches, no nos vendrá mal aquello á los que nos quedemos en la corte, á falta del económico desahogo y recreo de los suprimidos jardines.



A medida que se aproxima la Conferencia de La Haya á *Toribio* le baila de gusto la lengua dentro de la boca, y sigue con interés todos los preparativos que se están haciendo para que á los conferenciantes no les falte nada.

El es partidario del desarme, y cómo no; pero del desarme completo, desde desmontar los cañones que guarnecen las plazas fuertes, hasta cortar y limar las uñas á todos los animalitos que las tengan largas, incluso á las mujeres.

No se ha de limitar la Conferencia, según él, á evitar las guerras y las agresiones de los hombres contra los hombres, sino también las luchas de éstos con los animales y de los animales contra aquéllos.

Paz universal—dice *Toribio*—, paz completa entre todos los seres que pueblan el universo.

Justo es que se le desarme al torero del estoque, porque le sirve, únicamente, para quitar la vida á los toros ó á algún espectador si se tercia; pero también es equitativo que á los toros se le sierran los cuernos, que tienen otro fin que el de despanzurrar todo lo que encuentran por delante.

Suprimase el aguijón agresivo de los mosquitos y déjesles la trompetilla, por aquello de que no falte este instrumento

musical en el gran concierto de la Naturaleza.

¡Oh, los mosquitos! Por qué no se han de preocupar de ellos en la Conferencia de La Haya?

Durante el largo período de paz europea que disfrutamos, ellos han sido la causa de las vigilias de medio mundo.

Peores noches pasa por su culpa el vecindario madrileño que pasó cuando se supo que las tropas napoleónicas acampaban en Chamartín.

No hay enemigo pequeño, dice el refrán, y el mosquito es una prueba de ello.

Ha de ser la paz completa; paz paradisíaca; hasta haberla conseguido no llegará la Humanidad á su perfeccionamiento.

Hay que retrotraer las cosas al instante mismo de la Creación, porque, desde entonces acá, todo lo que hemos andado ha sido en balde. Al cabo de los años mil nos hemos convencido de que la tierra debía ser un Paraíso.

Toribio hubiera ido de muy gana á la Conferencia con el hijo del Sr. Maura, para presentar el magno, su sublime proyecto de Paz universal, que deja tamaño al de Reforma de la Administración local de su señor padre. Del padre del hijo.

Se limita á proponer en el primer artículo que se restituja la indumentaria humana á la hoja de parra primitiva como único medio de que no podamos llevar sobre nosotros arma ninguna ofensiva, ni defensiva, y el segundo á desterrar de la faz de la tierra la semilla del manzano para evitar un nuevo pecado original, que ya no sería original, lo cual es doble pecado.

Fuera las manzanas; con las peras tenemos bastante.

Aprenda el Sr. Maura á ser conciso en sus disposiciones; á saber encerrar las leyes en sólo dos mandamientos como cualquier decálogo divino.

Pero *Toribio* no ha podido ir, porque tiene la desgracia de no ser hijo, ni siquiera yerno de ningún personaje, y la Conferencia de La Haya fracasará por no haber ido allí un hombre como él capaz de sacar la lengua á todo el que no se aviniese al desarme.

Que no haya institutos armados; que no haya animales armados; y, en fin, que no haya cemento armado, porque ya sabemos las víctimas que ocasiona.

Todo esto y mucho más propondría *Toribio*; seguramente que el hijo del señor Maura no se atreverá á proponer ni siquiera que se desarmen el instituto de la Guardia civil, ni el Cuerpo de Orden público.

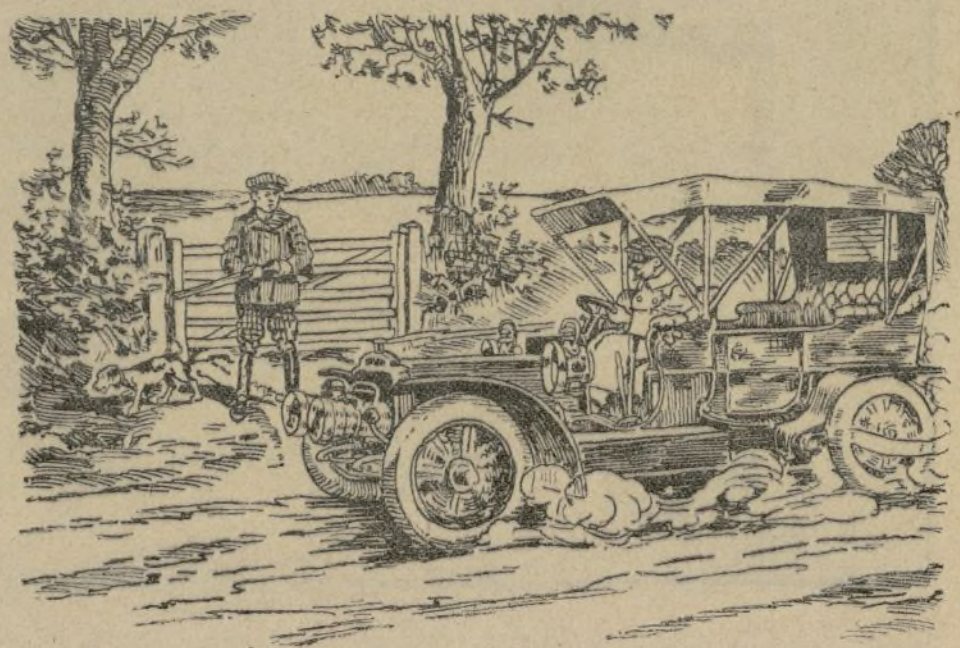
Bien es verdad que con que se desarmase el lio que se va á armar con la precitada ley de su pungenitor, ya tendríamos bastante los españoles para vivir en paz una temporada.

He aquí por qué á *Toribio* le está bailando la lengua de gusto dentro de la boca á medida que se aproxima la fecha de la Conferencia.

Ya sabe de antemano que allí no van á tener representación las tres principales *potencias*: la memoria, el entendimiento y la voluntad.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

DE ACTUALIDAD



El «chauffeur»: ¿Se ha matado mucho?—En cazador: Nada. ¿Y usted?

EL CRIMEN DE CABANILLAS

DESCUBRIMIENTO DE LOS AUTORES

El suceso.—Las primeras impresiones.—Misterio.

NUESTROS lectores recordarán, sin duda, el espantoso crimen de Cabanillas.

El día 16 del pasado mes de Abril, los labriegos que, al alba, dirigíanse á los campos, notaron sorprendidos que la tienda de Leona Martín permanecía cerrada. Algunos, que recogían en ella, al fiado, el pan y las sardinas ó el queso con que mataban el hambre, llamaron con insistencia, para no quedarse sin almorzar, y nadie les respondió.

—¡Eh, Leona, arriba! ¿Se te han pegao las sábanas?

—¡Esta Leona!

—¡Mira que tié cuajo!

Los labriegos y las escardadoras, resguardándose en las puertas de la llorizna, hacían sus comentarios, poco indulgentes para la tendera, y marchábanse, al fin, cansados de esperar.

—Amigos, es que como la mañana está pá que anden sueltos los lobos, la señora no quíe coger un «ruma».

—No hay como tener el riñón bien cubierto, hija. ¡Maldita sea!

—¡Anda y que la zurzan!

A las siete llegó el panadero y aporreó inútilmente la puerta. Entonces los vecinos comenzaron á inquietarse y pronto formáronse corrillos de murmuradores frente á la tienda.

—¿Qué, pasa algo?

—¡Pues, lo que estás viendo. Que la Leona no abre, ni contesta, ni ná. Y llamando dende que amaneció. Es raro.

—Sí, que la cosa es rara.

La dueña de la tienda era una cincuentona vivaracha, recia, activa, impetuosa, que dirigía sus negocios con la habilidad y la seguridad de un hombre inteligente. Su marido, Sebastián Romero, atacado de parálisis hacía siete años, no podía abandonar la cama, y Leona administraba el caudalejo, cuidando de las fincas, y de la tiendecilla, y prestando, con su cuenta y razón, á los pelantrines necesitados.

Antes de que amaneciera ya había barrido el portal, y cuando se iniciaba el desfile de los trabajadores, ella, detrás del mostrador, siempre les acusaba de perezosos y tardos.

—Anda, hermano, que bien te cuidas. Ni mi marido ¡el pobre! pasa más tiempo boca arriba.

Los obreros protestaban, riéndose, mientras Leona les despachaba, apuntando lo servido en sus cuentas, y el enfermo solía levantar su voz doliente, fingiéndose herido por la burla.

—Parece mentira, mujer. ¡Que sirva de risa una enfermedad! A ver si te manda Dios un castigo.

—¿Otro, Sebastián?

Por las tardes, Leona, mientras cosía sentada en el umbral, interrogaba á sus vecinas, para tener la vanidosa satisfacción de deslumbrarlas con sus riquezas, después de oírlas quejarse de la suerte.

—Yo, hija, marchó bien. Y eso que me compadezco de todo el mundo y fio en la tienda y presto mi dinero como una loca. Porque, lo que es cobrar... No sabes, hija, lo que es paso. ¡Que no tienen cosecha; que las enfermedades; que patatín, que patatán!... ¡Una muerte! Y sin embargo, aquí puedes ver.

Y sacaba del pecho una gran cartera de las que usan los tratantes, abultada y lustrada, y enseñaba sus compartimentos atestados de billetes de Banco.

—Mira: Esta no se separa de mí. Hay para comer una temporadilla.

Todo esto lo recordaban los vecinos, asegurando la mayoría que Leona había sido víctima de un crimen, ó de una desgracia, y se acordó avisar al juez de Torrelaguna.

—¿Se habrá puesto enferma?

—¿La habrán matado?

—Y en Cabanillas, ¿quién?

—Hay gente para todo. Como era prestamista, vaya usted á saber si un desesperao...

—Vaya usted á saber.

Pedro Serrano, un jornalero conocido por *Rebollo*, dijo que quizás la hubiesen robado.

—En una casa donde no hay la defensa de un hombre tó pué pasar—añadió.

Y Gregorio García mostróse de acuerdo con *Rebollo*:

—Además, sabiendo la gente que tenía un buen gato... Pues cualquiera, un forastero de esos que vienen «mendigando», ó un raterillo, ó un ajoreao por los préstamos, pué haber dao el golpe.

Manuel Sanz, que vivía en un edificio paredaño al de Leona, fué ansiosamente interrogado.

—¿Usted no ha oído ná?

—Ni lo más mínimo. Una noche como toas.

Y contaba que al toque de ánimas se despidió de su amigo Sebastián—que por cierto estaba muy animado—y que poco después Leona cerró la puerta y quedó todo en silencio. Ella pasó la velada contentísima, vendiendo fuerzas y salud. Era imposible que la hubiese acometido súbitamente un mal. En absoluto, nadie tiene segura la vida; pero, Señor, era Leona tan enérgica y tan sana...

A las nueve llegó el juez de Torrelaguna, D. Emilio Isasa, y después de interrogar á los curiosos, ordenó que un cerrajero abriese la puerta de la tienda.

El espectáculo que presenciaron el Sr. Isasa y los vecinos que le acompañaban fué horrendo. Leona Martín, casi desnuda, con la camisa desgarrada, abiertos desmesuradamente los ojos, en los que aún reflejábanse con suprema expresión el espanto, yacía á la entrada de su habitación, con el cráneo destrozado, en medio de una laguna de sangre.

Sebastián Romero estaba atravesado en su cama, con el rostro cárdeno, rígidas las extremidades, los labios negruzcos, los ojos hinchados y el cuello oprimido bárbaramente por el cordel que le robó la vida.

En la casa nada denunció la violencia. Los cajones del mostrador y los muebles no habían sido forzados. En la tiendecilla todo estaba en orden. En las alcobas de las víctimas no se observó el menor rastro de lucha.

Desde luego, el parálisis moriría como un corderillo, sin defenderse, sin enterarse, quizás, de que la muerte había llegado. Y Leona, sorprendida durante el sueño, con la torpeza del súbito despertar, ó amordazada tal vez, rendíase sin entorpecer ni con un grito la monstruosa tarea de sus agresores.

El Sr. Isasa sufrió unos momentos de perplejidad. No conocía de aquella tragedia más que el desenlace espantoso; los orígenes, es decir, la vida, las costumbres de los asesinados; sus amistades y sus odios, todo lo que pudiera servirle de indicio, orientarle, había de ser estudiado, casi adivinado, completando las obscuras y recelosas declaraciones de los labriegos con la observación personal.

Uno de los que le acompañaban, Gregorio García, á quien nombró testigo para reconocer la casa y proceder al levantamiento de los cadáveres, mostraba su indignación con tal viveza, que, seguro de encontrar en él un auxiliar excelente, comenzó á interrogarle.

—¿Era usted muy amigo de Sebastián y Leona?

—Muy amigo... no; pero, ya lo comprenderá usted, señor juez, un crimen así... vamos, que pone las tripas negras.

—¿Querían en el pueblo á los asesinados?

—¡Pchs!... Como á cualquiera otros...

—¡Hola! Entonces habría gente que...

—Hombre, como eran prestamistas...

—Y á quiénes han prestado?

—¡Uh! A muchísimas personas de Cabanillas y de fuera de Cabanillas.

—Y usted, ¿no sospecha de alguien?... Usted, que conocerá á todo el pueblo...

—Sospechar, señor juez, —¿pá que voy á inventar una calumnia?—de nadie absolutamente.

Y así contestaban todos al Sr. Isasa. Nadie acusaba, nadie sospechaba, nadie había visto ni oído lo más mínimo. A Manuel Sanz, dueño de una parada de asnos y caballos garañones y de unas tierrecillas, con fama en el pueblo de hombre bien acomodado, le hizo el juez varias preguntas. El, persona de confianza de las víctimas, conocedor de sus secretos, quizás pudiera iluminarle. Pero el amo de los garañones, después de repetir que había hablado la misma noche del crimen con Leona y su esposo dijo, que á su parecer, nadie en Cabanillas era capaz ni de pensar siquiera en tan salvaje felonía, y el Sr. Isasa retornó á su pueblo descorazonado.

Trabajos y detenciones.—Un alguacil probó.—Martín declara.

El Sr. Isasa, hombre joven, de clarísimo talento y enamorado de su profesión, se propuso descubrir á los asesinos de Cabanillas, y desde que vió los cadáveres de los infelices tenderos, lanzóse febrilmente al trabajo. El misterio en que permanecía envuelto el crimen le excitaba, y la reserva de los aldeanos, que, pasada la primera impresión de lástima, más que de la triste suerte de Leona y su esposo, hablaban de sus empresas usurarias, sin ocultar sus antipatías, lastimábale en su amor propio.

Era preciso obligarles á hablar; era indispensable oponer á su resistencia el tesón, y á su marrullería la astucia, para que la maldad, el egoísmo y el miedo, aliándose, no consiguieran entorpecer la acción de la justicia, asegurando la impunidad á los criminales.

El teniente de la Guardia civil, don Joaquín Bosch, trabajaba activamente, de acuerdo con el juez, y éste, acompañado por el jefe de la cárcel, don Constancio Ortega, que tiene unas condiciones asombrosas de policía y un gran valor, comenzó á practicar detenciones.

Enteróse de la vida y milagros de todo el pueblo, y á cuantos por su mala conducta ó por su escasa moralidad le inspiraban sospechas, los puso á buen recaudo. El mismo practicaba las detenciones. De noche aún salía con Ortega de Torrelaguna, para llegar antes que alborease á Cabanillas y coger en sus casas á los obreros, y todos los días aumentaba el número de los encareados.

Los primeros que visitaron la cárcel fueron Pedro Serrano (a) *Rebollo*, galfarro temido en todo el término por su rapacidad, su áspero carácter y su condición agresiva; Gregorio García, fiero individuo, pendenciero y matón, capaz de realizar los más brutales atropellos en sus horas de cólera, y su hijo Martín García Gorrochátegui, chicarrón huraño, que llevaba en la sangre las ardorosas pasiones del que le engendró.

Rebollo era jornalero, y Gregorio y Martín, canteros; pero ninguno de los tres se distinguía por su amor al oficio y su constancia en la faena, y así, en los tiempos difíciles, suplían sus deficien-

cias de trabajadores con sus mañas de rateros hábiles, y se convertían en el azote de las huertas, las eras y los trigales.

Con tenerlos bajo su poder nada adelantó el Sr. Isasa, porque García, el viejo, protestaba constantemente de su detención, jurando que era más honrado que los ángeles; su hijo, callaba, y *Rebollo* fingía también una honradísima indignación.

En Cabanillas no adelantaba un paso el juzgado. La aldea, que veía entrar diariamente al juez solo, y que, luego de interrogar á docenas y docenas de criaturas, le veía salir llevándose por delante á algunos hombres, recibíale con sorda hostilidad. Nadie hablaba francamente; nadie cometía imprudencias; nadie iba de buena fe á los interrogatorios. Vacilantes, reservados, pesando las palabras antes de dejarlas escapar, los labriegos respondían monosilábicamente ó se encerraban en un hosco mutismo.

—No sé. No he visto nada. No sospecho de nadie.

Todos, por un acuerdo tácito, contestaban lo mismo, y pasaban los días sin que ni un rayo de luz aclarase las tinieblas en que el crimen permanecía envuelto. El juez, seguro de que los criminales estaban entre los detenidos, en su poder, por tanto, desesperábase falta de pruebas.

Una tarde—y este episodio que vamos á referir lo sabemos porque se ha comentado públicamente en Cabanillas—el Sr. Isasa fué sorprendido por una inesperada revelación.

El juez escribía en su despacho oficial, y había ordenado á uno de los alguaciles que se retirase; pero el modesto funcionario, en una actitud temerosa, permanecía frente á él.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Tiene usted algo que decirme?

—Mucho, señor juez.

Y el alguacil, decidiéndose, bruscamente, como si hubiera vencido en una lucha interior, colocó en la mesa del Sr. Isasa un puñado de monedas.

El juez quedóse estupefacto.

—¿Qué es esto? Explíquese.

Y, entonces, turbado, confesó el alguacil. Aquel dinero pertenecía á Leona, la pobre tendera asesinada. Cuando se hizo el reconocimiento de la casa, cierto funcionario, con más fortuna ó más habilidad que los ladrones, encontró en la tienda, en un cajón que no habían registrado los foragidos, una cantidad. Embolsósela, recomendó á sus subordinados que guardasen silencio, y después fué repartida con equidad. El era honrado; había delinquido por obedecer á un superior; pero no quería tener aquel peso sobre la conciencia.

El Sr. Isasa—y seguimos narrando por referencias—falló en «buen juez», más bondadoso que rígido, y tuvo palabras de aliento y de elogio para el honrado alguacil... Lo que haya hecho con el indigno funcionario que tan villanamente faltó á sus deberes, lo ignoramos.

Desde aquel día, desconfiando de ciertos auxiliares, trabajó más.

Aferrábase á su idea de que los criminales estaban detenidos; sospechaba de algunos, por su perenne inquietud, y les hostigaba con interrogatorios larguísimos, sorprendiéndoles con preguntas inesperadas, acorralándoles con observaciones astutas, después de haberles privado, con sus hábiles discursos, del valor y de la serenidad.

Los viejos se defendían callando, y Gregorio echaba por delante su parentela como un escudo. «El, cuñado de un juez municipal y de un ex alcalde, ¿se iba á haber pringado por unas pesetas?» Martín, el muchacho, sudaba de

EL CRIMEN DE CABANILLAS



D. CONSTANCIO ORTEGA



D. JOAQUÍN BOSCH



D. EMILIO ISASA



MARTÍN GARCÍA, GREGORIO GARCÍA, MANUEL SANZ, PEDRO SERRANO Y EL SUBJEFE DE LA CÁRCEL D. LUIS MORALES

CONCURSO INTERNACIONAL DE ESGRIMA EN BARCELONA



LANCHO
Campeón español.



KIRCHOFFER
Campeón francés.



SAN MALATO
Campeón italiano

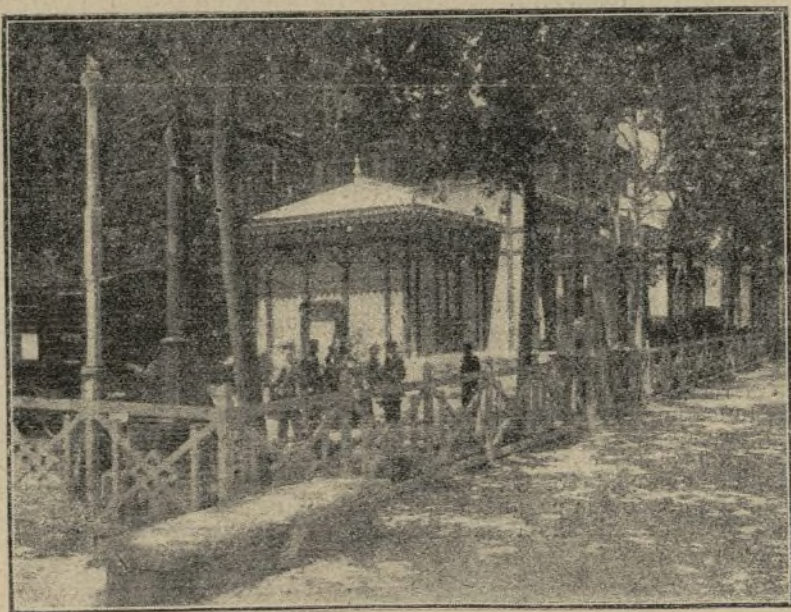


APARICIO
Campeón español.

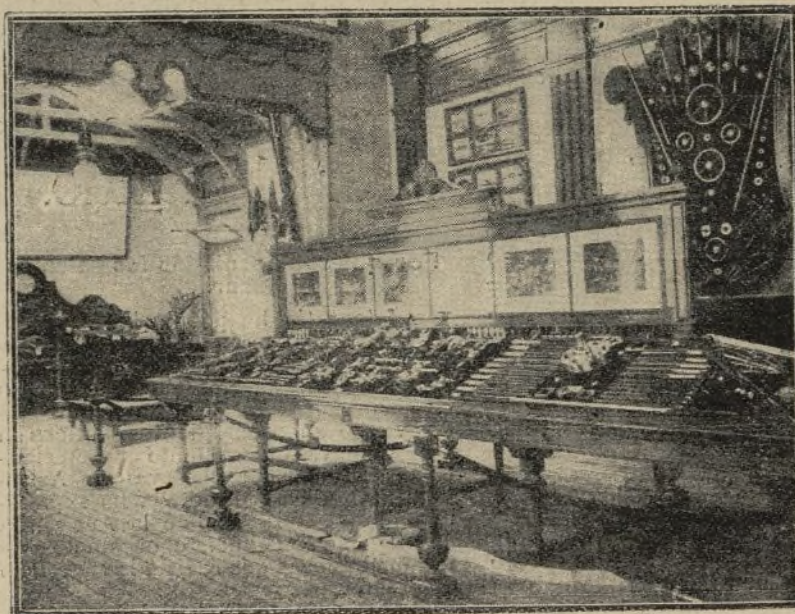
EXPOSICIÓN DE INDUSTRIAS MADRILEÑAS



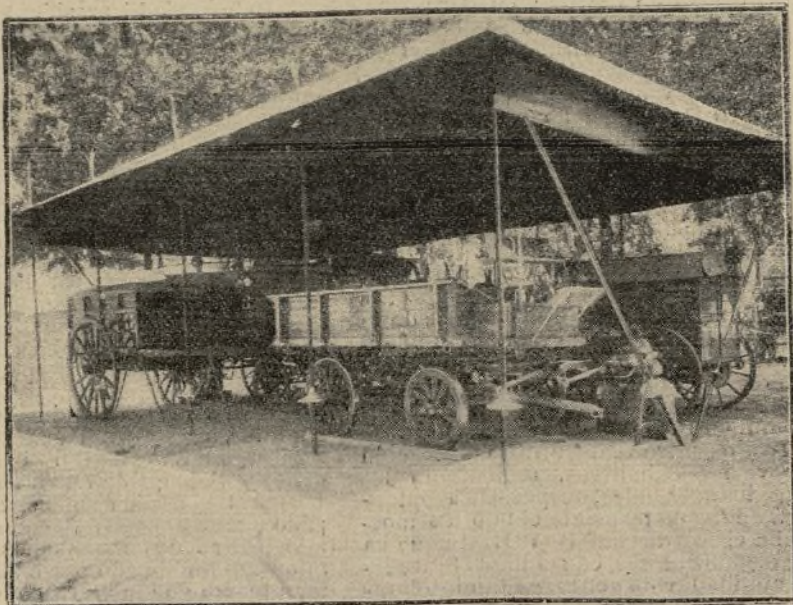
La familia real en el acto de la inauguración.



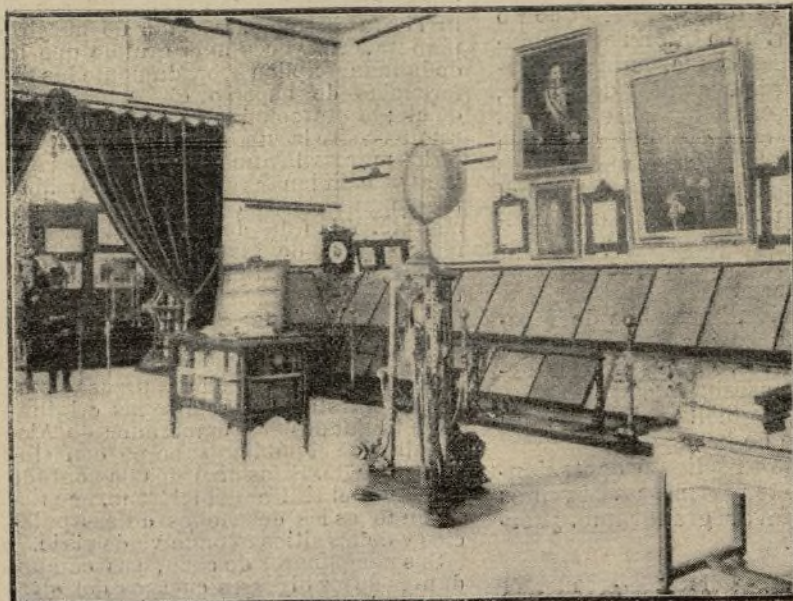
Instalación de la Compañía del Mediodía.



Interior del pabellón.



Material de Administración militar y Sanidad.



Un pabellón del Depósito de la Guerra

Fots. Alfonso.

angustia frente al Sr. Isasa, y por fin, una tarde, á los cuarenta días de lucha, dominado, estrechado, vencido, sin fuerzas ya para negar, declaró.

—Sí, señor juez, nosotros hemos sido.

—¿Lo ves, hombre?

—Nosotros, mi padre, Manuel Sanz, el *Rebollo* y yo...

Manuel Sanz, el explotador de los garañones, tenía tal confianza en la discreción de sus cómplices y en las excelencias de su reputación, que no había huido. Aquella misma noche, ingresó en la cárcel de Torrelaguna.

Cómo se cometió el delito.—Reuniones preparatorias. Ferocidad increíble.

Las declaraciones de los García, Sanz y *Rebollo* son interesantísimas. Por ellas sabemos cómo se preparó y se ejecutó el horrendo crimen.

La idea fué de Gregorio. Acuciado por la necesidad, pensó en sorprender á Leona Martín, cuya inflada cartera había excitado su codicia muchas veces, y anduvo algún tiempo rondando á la desdichada mujer. Pero como ella jamás incurrió en un descuido, convencióse de que solo nada conseguiría, y se confió á *Rebollo* y á su hijo. Poco después tanteó á Sanz, y viéndole bien dispuesto, le expuso sus planes.

Leona tenía unos miles de duros. Con ellos podrían todos librarse de penas para siempre. El dejaría de trabajar como una bestia, y al frente de cualquier negocio iría tirando de la perra vida. Manuel engrandecería su industria, haciéndose rico de verdad.

A principios de Noviembre del año anterior, reuniéronse los compadres en casa de Sanz para ponerse de acuerdo, y ya no volvieron á reunirse hasta el 16 de Abril último.

A las once de la noche, cuando todo el pueblo dormía, el amo de la «parada» franqueó la puerta á sus compinches, y entre bocadillo y trago convinieron lo que cada uno había de hacer. Gregorio y Sanz afrontarían lo más duro de la empresa, actuando de carneiros. *Rebollo* y Martín vigilarían en la calle, para avisarles en caso de peligro.

Una hora después, los vigilantes colocáronse en sus puestos, protegidos por la obscuridad y la lluvia, y Gregorio y Manuel, gateando por el tejado, llegaron al de la casa de Sebastián y se introdujeron en ella por un ventanuco de la guardilla. A paso de lobo deslizáronse por las escaleras, y Manuel, que conocía á palmos el edificio, guió á su cómplice en medio de las tinieblas, dejándole junto á la cama del paralítico.

Al separarse se hicieron la última recomendación.

—Que no grite, Gregorio.

—Cuida tú de Leona, que éste no dirá ni pío.

Inmediatamente, Gregorio se arrojó sobre Sebastián, tapándole la cabeza con las ropas de la cama, é interrumpió su faena al oír unos roncacos gemidos. Avanzó inquieto, y á la luz de una mariposa, vió á Manuel que había amordazado á la tendera, pero que no podía dominarla. La infeliz mujer, luchando á la desesperada, había conseguido incorporarse y saltar del lecho, y el bandido retrocedía á su empuje. Entonces, Gregorio cogió una plancha de hierro y asestó á Leona tan terrible golpe en el cráneo, que le destrozó el parietal derecho. Después, para rematar su obra, siguió golpeando sañudamente á la infeliz, hasta que observó que estaba muerta.

Ensangrentados, borrachos de ferocidad, dirigiéronse á la alcoba del paralítico. Sebastián, espantado, les suplicó que no le asesinasen.

—¿Por Dios, Manuel! Tú has sido mi amigo. ¿Qué te he hecho yo?

—Pero, tonto—replicóle conteniendo la risa—, no tengas miedo. Si vamos á hacerte un favor grandísimo. ¿Verdad, Gregorio?

—¿Digo!

—¿No estás malo, convertí en una momia? Pues no vas á padecer más. Ahora mismo te curamos.

Y con una cuerda que había en el tenducho, le estrangulaban salvajemente, burlándose de sus gritos ahogados, sus lágrimas y sus súplicas.

Luego, el más fuerte de los asesinos, Gregorio, entró en la alcoba de Leona, dándole á entender á su cómplice que quería estar solo.

—¿Anda tú á la tienda. Yo registraré por aquí.

García quitó almohadas y mantas, levantó los colchones y guardóse la cartera. Sanz se embolsó 362 pesetas, procurando no hacer ruido, y contestó negativamente á la pregunta de su compadre.

—¿Qué? ¿Mucho?

—Nada. ¿Traes tú la cartera?

—Sí, sí, la cartera! Que averigüe el demonio donde la ha escondido esa bruja.

—¿Pues aquí ha de estar! Con ella se acostaba.

—Búscala tú, entonces. Más fácil era encontrar el dinero de la tienda... y sin embargo, no lo has encontrado.

Manuel comprendió que había peligro en discutir.

—¿Vámonos?—propuso.

—Vámonos. Ya es tarde.

A Martín y á *Rebollo* les dijeron que ya hablarían, y cada cual se marchó á su casa.

Tres días después, Sanz, temiendo ser detenido, metió el dinero de Leona en un bote de café y lo enterró, de noche, en una calleja.

Final.

Gregorio García, Manuel Sanz, Pedro Serrano y Martín García, convictos y confesos aguardan el duro fallo de la justicia.

Las 362 pesetas que robó Sanz han sido recuperadas, y se confía en que su cómplice revele el sitio donde ocultó la cartera.

Por todos estos servicios merecen el agradecimiento de las personas honradas, el teniente de la Guardia civil, don Joaquín Bosch, el jefe de la cárcel de Torrelaguna, D. Consancio Ortega, y muy especialmente, el juez D. Emilio Isasa.

Por el mundo.

Por qué son desolados los paisajes lunares.

La fotografía ha popularizado la extraña desolación de los paisajes lunares, que podemos contemplar hasta con unos gemelos de teatro. Esos circos inmensos, esos cráteres devastados y esos amontonamientos caóticos de rocas, son verdaderamente característicos. El director del Observatorio Astronómico de París, M. Loewy, ha explicado en la pasada sesión de la Academia de Ciencias de Francia el origen de esas formas curiosas que reviste la superficie de la luna.

El enfriamiento gradual de nuestro satélite basta para explicar, según monsieur Loewy, la formación de las cadenas de montañas, cráteres y circos lunares, análogamente á las cordilleras de la Tierra. Pero la atracción de nuestro planeta, seis veces más grande que la de la luna, explica sobradamente las diferencias de aspecto observadas. En efecto; la atracción terrestre ha podido retener sobre la superficie de nuestro globo los mares y la atmósfera, mientras que la atracción lunar carece de intensidad para mantenerlos contra la costra del satélite. Y la falta de mares y de atmósfera es la que da á la luna esa facies desolada, y la que la priva de seres vivientes.

Las intimidades del Kaiser.

Con mucha frecuencia la prensa europea se entretiene en referir las originales intimidades del emperador de Alemania, que el público saborea con singular deleite. Estos días nos ha contado cómo usa el Kaiser del teléfono, que tiene en todos los despachos de sus palacios y de los sitios adonde va de viaje.

Sus compañeros de caza, sus comandantes de los diversos cuerpos del ejército, sus ayudantes y especialmente su canciller, son frecuentemente interpelados por teléfono. No hay que decir que

las comunicaciones son rápidamente establecidas; pero si diremos que una vez abiertas, el emperador jamás advierte que es él quien llama, ni las telefonistas tampoco. Supone siempre que han de reconocerle por la voz.

La emperatriz es la persona más ordinariamente llamada por el Kaiser al teléfono. Guillermo II no deja de tener durante el día ó la noche repetidas comunicaciones con ella, y así arregla las menudas cuestiones de familia, en más breve tiempo que por cartas. Por las telefonistas, siempre curiosas y á veces indiscretas, se han conocido muchas de estas conversaciones, y se ha sabido que el emperador es un modelo de esposos, que siempre que se retarda por las noches en volver á palacio, llama á la emperatriz al aparato y la advierte, diciéndole además las causas de la tardanza.

Los hombres que vueían.

Precisamente en estos días, cuando el célebre aeronauta brasileño acaba de dejar listo su aeroplano *Santos Dumont número 16*, para realizar una nueva tentativa de vuelo en el *garaje* de Neuilly, ha llegado á París uno de los hermanos Wilbour Wright, jóvenes americanos, que tienen en la aviación una notoriedad extraordinaria en los Estados Unidos.

Los aviadores *wright*, lo mismo que Santos Dumont, tratan de volar con aparatos más pesados que el aire, cual las aves é insectos que cruzan los espacios. Pero mientras Dumont, en sus precedentes ensayos, sólo consiguió volar unas veintenas de metros, á poca altura del suelo, los hermanos Wright, después de siete años de tanteos, han logrado el otoño pasado, según comunicaron al Aero Club de América, hacer con su aeroplano un recorrido de cerca de treinta y nueve kilómetros, en treinta y ocho minutos, y pesando el aparato—aeronauta inclusive—125 kilos.

En París, como siempre que se trata de lo extranjero, se duda de este enorme progreso de la aviación, y los periódicos excitan á Wilbour Wright á que lo demuestre con experiencias en la capital de Francia.

Para conservarte bella, debes comer despacio.

En la última sesión de la Academia de Medicina, de París, el doctor Jacquet ha exclamado:—«¿Cómo siendo los niños tan hermosos, han de ser los adultos, á veces, tan feos?» Y el doctor esteta, fijándose en los casos por él observados, de muchachas á quienes después de comer se les pone la cara roja y grasienta, concluye que es el hábito tan frecuente de tragarse glotonamente la comida sin masticarla ni insalivarla, el que produce con sus digestiones laboriosas y sus gastralgias, ese funcionamiento excesivo de los vasos y de las glándulas cutáneas de la cara, que poco á poco deforma y afea los más lindos rostros femeninos.

«El rostro—añade el doctor—es más que la lengua, el espejo del estómago. Y si queréis, pues—prosigue—conservar vuestra belleza, comed lentamente y masticad con cuidado. Un *massage* racional, aplicado á la par, hará que perdure vuestra admirable hermosura plástica.»

Las discordias entre esgrimidores

El torneo de esgrima de Barcelona, en el que han lucido sus brillantes facultades de tiradores nuestros, Aparicio y Sancho, ha tenido un final inesperado y agrio, cuyo resultado ha sido la supresión del *match*—con 2 000 pesetas de premio—entre el esgrimidor francés Kirchoffer y el italiano San Malato.

Este *match* se aguardaba como lo más interesante del torneo, pero en las vísperas de celebrarse surgieron de improviso entre Kirchoffer y San Malato las vanidades, rencillas y prevenciones tan frecuentes entre los profesionales de la esgrima que miden sus fuerzas en público. El uno no aceptaba el jurado designado por los organizadores; el otro exigía la presencia entre los jueces de determinadas personas de su garantía.

Tres ó cuatro veces, ante la mediación de varios caballeros, rechazaron los arreglos acordados, después de aceptarlos. En lo que transigía el uno, se mostraba el otro disconforme. Hasta que ya los organizadores, cansados de tanta informalidad y de actitudes tan intolerables, decidieron suprimir el *match*, no sin que antes el general López Díaz, presidente del jurado, dijera á Kirchoffer dos

ó tres veces, delante de varias personas, que era un cobarde. Así ha concluido, según telegrafían á los periódicos de Madrid sus corresponsales de Barcelona, este torneo internacional de esgrima.

UN PLEITO DE DON JAIME

El futuro «pretendiente» ha andado en estos días pleiteando en los tribunales de París. He aquí por qué. A principios de Febrero de 1901, el príncipe, necesitando 50.000 francos, los obtuvo á préstamo del señor Gueyraud, director de la *Société Fermière de Nice*, entregándole, como garantía, 600 acciones del Casino de Niza. De pronto el príncipe, teniente de húsares de la guardia imperial de Rusia, es llamado á la guerra con el Japón, y antes de partir ruega á su amigo el marqués de Savals que reintegre sus 50.000 francos al señor Gueyraud, reclamando á la par las acciones que le garantizaban.

Pero el señor Gueyraud, nada corrió para tomar el dinero, se quedaba con las acciones, pretextando que estaban en manos de accionistas á quienes iban á servir para tomar parte en una votación de junta general y disponer de mayoría. Poco después la *Société Fermière* fracasó, y Gueyraud quiebra y huye, sin que se le gre saber de su persona, mas sí de sus acciones, pues D. Jaime averigua que se encuentran en poder del constructor de automóviles, Darracq, á quien Gueyraud se las había vendido por 150.000 francos.

Y á Darracq se las reclama el príncipe, ofreciéndole los 150.000 francos que había pagado por ellos; y entre los dos surge el pleito.

El tribunal ha dado la razón á don Jaime, y considerando á Darracq adquirente de mala fe, puesto que compró las acciones á la mitad de su precio sin indagar por qué se las ofrecían tan bajas, lo ha condenado á restituir sus títulos al príncipe, á cambio de su desembolso de 150.000 francos.

PRECOCES INVENTORES

En una tarde calma, de estos días pasados, el yate presidencial de los Estados Unidos navegaba, con Roosevelt á bordo, con rumbo á Washington.

—¡Capitan!—exclamó de pronto el jefe de la confederación *ganíbe*.

—¿A las órdenes del señor presidente!—Descarta que aprovechase usted la calma excepcional que reina en estos momentos, para intentar la comunicación, por medio de la telegrafía sin hilos, con Casa Blanca.

—Está bien, señor presidente; pero á esta distancia yo dudó mucho...

Se da, sin embargo, al puesto de á bordo la orden de intentar la experiencia. La onda heriziana atraviesa como un centello invisible la calma de la tarde. Tae, tae, tae, tae. ¿Quién lo hubiese creído? Responden.

—¿Son ustedes? ¿Es Casa-Blanca?

—Nosotros mismos. ¿Y ustedes?

—Nosotros, el *May-Flower*.

—¡Ah, ah! ¿Nada de particular á bordo?

—Nada, muchas gracias. Vamos á transmitir un mensaje del señor presidente.

—¡All right!

—Helo aquí. El presidente no llegará hasta bastante tarde, por la noche, y desea que se le aguarde para comer.

—¡Ah, eso no! No nos faltaba aquí más que eso. Digan ustedes á Teddy—disimulativo del Teodoro presidencial—que coma á bordo. Buen apetito.

El telegrafista de la estación de Casa-Blanca, había perdido el juicio, ó un bromista, conocedor del manejo del aparato, lo había suplantado? Esto es lo que el presidente—á quien le causó más gracia que irritación el incidente—se propuso esclarecer á su llegada. La averiguación comenzó en seguida. El empleado, un hombre de antigua confianza, no había abandonado su despacho, ni recibido mensaje alguno.

Ninguna otra estación de telegrafía sin hilos, existía, sin embargo, que se supiese, en Washington ni en sus alrededores. Solo queda que hacer una cosa: buscar. Se buscó. Y se encontró al cabo. Y lo que se encontró fué que en un barrio pobre de los muchachos de quince años habían llegado por entretenimiento, á fuerza de ingenio y de paciencia, á construirse un aparato de radio-telegrafía mucho más sensible que el del almirantazgo!

BANDIDOS TRASHUMANTES

Pernales en Francia.

Tribu nómada de ladrones.

Confesiones de un policía

Si hay quien deba estar curado de espantos en este mundo, lo es la policía francesa, seguramente. Y, sin embargo, un inteligentísimo comisario de la «Sûreté générale» (que para sí quisiera nuestro buen marqués del Vadillo) ha pronunciado con sinceridad digna de todo elogio estas memorables palabras:

—Quince años—ha dicho—llevo consagrado en cuerpo y alma a la busca y captura de criminales de toda especie, y en ese tiempo me ha hecho conocer la experiencia propia cuantos medios de asonación ponen en práctica—asi para ejecutar sus delitos como para sustraerse a nuestras persecuciones—los bandidos en cuadrilla. Pues bien; debo confesar paladinamente que jamás me he visto en presencia de una tan perfecta organización, de una tan rígida disciplina como la que distinguen de sus aliados y similares a la *troupe* errante capitaneada por Juan Capello. Mis compañeros se hallan tan asombrados y confundidos como yo ante las circunstancias que rodean a esta banda de malhechores. Mis aficiones de toda la vida me han hecho estudiar a fondo las costumbres de este linaje de delincuentes en mi país y en el extranjero, y ni en el bandolerismo de Andalucía ni en las sociedades de igual género establecidas en Sicilia y Calabria, he visto un caso tan curioso como éste. Ni «La Mano Negra», ni «La Maffia», ni «La Camorra», ni las partidas sueltas del *Pernales* y del *Vicillo*, de que ahora nos hablan casi a diario los periódicos españoles, pueden compararse a la *troupe* volante de Juan Capello, que tanto nos ha hecho que trabajar...

La banda errante.

Para que comprendan nuestros lectores la exactitud de las citadas declaraciones polizontescas, he aquí algunos antecedentes respecto a esa famosísima asociación de bandidos.

La numerosa cuadrilla de que era algo así como general en jefe ese Juan Capello, más conocido por *Olivier*, tribu nómada de ladrones, cuya existencia—como «corporación»—ignoraba la sagaz policía francesa, era conocidísima, no obstante, por sus congéneres, que sin cesar pululan por toda la Europa occidental y entre las cuales parece ser que existe una especie de masonería, cuyos adeptos se juramentan para prestarse mutuo auxilio en cualquier lugar y en todo momento y ocasión. En Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Italia, en Francia, en Suiza, gozaba de gran predicamento y de reputación sólida, indiscutible e indiscutida. La *caravana* de *Pepere* (denominación que tomó del alias de su fundador, desaparecido ya del mundo de los *picos*... ó los *Vicillos*) era una institución entre las tribus nómadas del bandillaje profesional.

Juan Capello la dirigía desde hace poco tiempo. Esta compañía maleante y errática, después de varias *lournées* por los Países Bajos y por el norte de la Lorena, había entrado silenciosa, pero triunfalmente, en el territorio francés hacia mediados de Agosto último. Su jefe era entonces un venerable patriarca llamado Lepere, más conocido por el apodo de «Pepere». La *troupe* por la Breaña fue señalada por multitud de robos, secuestros, asaltos de diligencias, atracos de viandantes y otros excesos y tropelías, sin que jamás pudiera darse con los culpables, quienes—después de realizar una de sus infinitas hazañas—volaban cual si tuviesen alas ó desaparecían como si se los tragase la tierra. Cuando los gendarmes, movidos por las constantes quejas y las denuncias frecuentísimas de los campesinos perjudicados, llegaban al campamento de la «caravana de Pepere», encontraban el aduar desierto y la jaula vacía. Los pájaros, momentáneamente dispersos, habían huido de allí en todas direcciones, para reunirse poco más tarde, siempre fieles a su consigna, en otro punto previamente determinado por su jefe.

Hacia Navidad se señaló de nuevo la aparición de la cuadrilla en Turena. Acababa de cometerse un robo de 29.000 francos en las inmediaciones de Tours, y desde luego recayeron vehementes sospechas sobre la compañía nómada,

como también se creyó que sus individuos eran los autores de otros delitos semejantes de que la comarca de Chinón fue teatro. Mas no había pruebas formales, absolutas y decisivas para acusar de ellos a la caravana del patriarca Lepere, que escapaba a toda persecución. A principios de Enero reaparece entre Poitiers y Niort, cuando una vieja aldeana acababa de dejarse cándidamente despojar de la suma de 10.000 francos, producto de sus economías de muchos años. Para festejar debidamente aquel golpe maestro, los nómadas acordaron obsequiarse con un banquete espléndido y suntuoso.

La cuadrilla se regodea.

El patriarca de la tribu mandó preparar una gran comida en la posada de un pueblo rural, ó hizo que el salón más grande de la casa fuese engalanado en su honor. El propio Lepere presidió la fiesta, y a la hora de los brindis pronunció un breve *toast* a la salud y prosperidad de la pobre vieja desbaliada. Después del banquete se mandó llamar a un fotógrafo, quien obtuvo una vista general del solemne acto y grupos aislados de comensales. Uno de esos retratos ha visto la luz pública en *Le Matin*. Mientras los ladrones celebraban la fiesta, en la que hubo de todo: champagne, bal, iluminaciones y hasta fuegos artificiales, la viejecilla, dentro de su cabaña humilde, lloraba amargamente la desaparición de sus 10.000 francos... Se resolvió a denunciar el hecho; pero ¡ay!, era ya demasiado tarde. Cuando llegaron los gendarmes hacia muchas horas que la cuadrilla había partido, y no les fue posible ir en persecución de ella, por haber traspuesto los límites de su zona jurisdiccional.

Entonces fué cuando M. Hennion, jefe de la «Sûreté générale» francesa, hasta quien habían llegado de todas partes multitud de informes y de noticias sobre los desmanes y desafueros de la temible banda, se determinó a poner en campaña contra los malhechores a la brigada volante de policía que acababa de organizar. M. Vignolles, uno de los comisarios especiales de vigilancia que, tiempo atrás, habían capturado en el Norte a la célebre cuadrilla capitaneada por el foragido Pollet, partió inmediatamente para el Poitou con dos inspectores. Pronto dió alcance a toda la caravana, que acampaba en las cercanías de Parthenay. La *troupe* se componía entonces de unos sesenta individuos, entre mujeres y hombres. Los había alemanes, belgas, suizos, italianos, franceses: la mayoría, de estos últimos.

La masonería del bandillaje.

A favor de un disfraz *ad hoc*, M. Vignolles y sus inspectores se pusieron en intimidad con la banda, y desempeñaron con tanta habilidad su papel, que no despertaron la menor desconfianza en sus *compañeros*. No tardaron en identificar a algunos miembros de la partida. Entre los franceses reconocieron a algunos temibles reincidentes, tales como los tres hermanos Deslauriers, oriundos del Paso de Calais; los hermanos Souque, del Creusot; Augusto Abalin, un tal Chaudelon, y a unas cuantas mujeres públicas bien conocidas por la policía del servicio de Higiene. Estaba también entre ellos todo un señor bachiller en Letras y ex alumno de la facultad de Farmacia, á quien sus múltiples condenas por robo—naturalmente en rebeldía—habían arrojado en la banda de malhechores. Los restantes individuos de la cuadrilla, de nacionalidad extranjera, no valían mucho más que los otros. Casi todos son también reincidentes en el delito de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Uno de ellos es un fugado de presidio, donde debía sufrir la pena de trabajos forzados á perpetuidad.

Pero ninguno tiene que temer nada aliándose en la compañía de Pepere. Han jurado obedecer á éste ciega y pasivamente; pero, a cambio de esa sumisión incondicional, se les ha prestado el auxilio y la protección que necesitaban para huir de las persecuciones de la justicia. Cada uno de los afiliados tiene derecho á compartir los beneficios de la vida social; mas á condición de entregar todas las noches al patriarca de la tribu

el producto de sus correrías diurnas. El comisario y sus subalternos siguieron en todas sus peregrinaciones á los bandidos nómadas, y adquirieron bien pronto el convencimiento de que éstos se hallaban en relación constante y en convivencia íntima con las demás partidas errantes de bandoleros que infestaban y asolaban el territorio. La correspondencia del patriarca Lepere no dejaba, acerca de esto, la menor duda.

Cierta mañana, al apearse la caravana en los alrededores de Parthenay, un individuo que llegó en el tren fué al campamento de los nómadas y tuvo una larga conversación con el jefe. Este reunió, después de comer, á sus partidarios y les notificó que aquel sujeto pertenecía á otra cuadrilla errante, que «trabajaba» en Dunkerque entonces. A consecuencia de un robo de algunos millones de francos, le buscaba la policía del Norte, y por eso había ido á pedir hospitalidad en la tribu de Lepere. Se le concedió el asilo solicitado; pero el patriarca designó inmediatamente á uno de sus hombres para que reemplazase al fugitivo en la caravana de Dunkerque.

Los ladrones glorifican á sus héroes.

Dos días más tarde se presentaba otro individuo en el campamento. Venía de Flandes nada menos, y estaba encargado de recoger, entre las diferentes partidas nómadas, suscripciones para erigir un monumento á la memoria de cierta señora Anny, viuda de un antiguo patriarca célebre, la cual acababa de morir—rodeada por los miembros de su cuadrilla—en Bruay-sur-l'Escaut. Lepere entregó aquel mismo día al emisario la cantidad de 522 francos, á que ascendió la colecta hecha entre los suyos. En las pesquisas hechas ahora por la brigada volante de policía, se ha encontrado el borrador de esa curiosa lista de suscripciones.

La caravana siguió, entretanto, su camino, dirigiéndose desde Parthenay á Niort, con ocasión de celebrarse allí la gran feria anual. A su llegada á dicha villa murió el patriarca Lepere, cuya salud estaba muy quebrantada de tiempo atrás. Se le hicieron solemnes honras fúnebres, y se adquirió una sepultura perpetua en el cementerio de Niort, encargando á un escultor de la localidad un monumento para perpetuar la memoria del venerable patriarca. Para ello se le entregó la suma de 1.250 francos, cantantes y sonantes, que le pagaron á toca teja.

Olivier sucede á «Pepere».

Poco antes de morir, el patriarca había designado como sucesor suyo en el mando de la cuadrilla errante á su lugarteniente *Olivier*, nombre de guerra de Juan Capello. El nuevo jefe se puso al frente de la partida. Estaba encargado, al mismo tiempo, de distribuir entre varias caravanas del Norte, indicadas por el finado, la fortuna personal de éste—un centenar de miles de francos—la mitad de ella, en buenos lises, estaba encerrada en un ancho cinturón de cuero, del que jamás se separaba el patriarca; el resto consistía en títulos y valores públicos.

El 27 de Mayo último, la brigada volante de Seguridad se reunió en Tonnay (Charente) con el comisario y los inspectores de policía tantas veces citados. Tres soldados de la infantería colonial, desertores, se habían unido á la caravana de Juan Capello. Mezclándose con la multitud de aldeanos que habían ido á divertirse á la feria de Tonnay, desempeñaban el papel de *ganchos* en las partidas de «bonneteau», juego de azar (y de fulleras), en el que los paletos caen fácilmente de *primos*. Por la noche hacían centinela y prestaban el servicio de vigilancia ó imaginaria, para que los «atracadores» de la cuadrilla pudieran operar tranquila y seguramente. Los inspectores de policía—no queriendo aún desmascararse—denunciaron confidencialmente ante los gendarmes de la localidad á los tres soldados. Uno de ellos, Lefevre, cayó en poder de los guardias; los otros dos, protegidos por los nómadas—que se interpusieron entre ellos y los gendarmes—consiguieron darse á la fuga y ponerse en salvo. Se les persigue activamente. Aquella misma noche, la partida abandonó á toda prisa el pueblo de Tonnay y fué á establecerse en La Tremblade.

La sorpresa.

En esta última población, y después de haber ejercido aún sobre ellos una vigilancia de las más hábiles por espacio de algunos días, es donde la brigada volante de Seguridad detuvo—en la madrugada del lunes último—á los temibles bandoleros que constituían la caravana

de Olivier. La sorpresa fué tan bien preparada, hasta en sus menores detalles, que la policía no tuvo necesidad de disparar un solo tiro contra los malhechores, todos los cuales están ahora en poder de la autoridad y en vísperas de que se abra el proceso correspondiente, para lo cual sólo se espera la identificación de todos los detenidos.

En el registro practicado en los carretones que servían de vehículos á los nómadas, se ha descubierto la existencia de multitud de alhajas robadas. La mayor parte de los ladrones de la banda eran portadores de sumas que fluctuaban entre 500 y 1.000 francos. Las mujeres de la cuadrilla eran más ricas que los hombres, y eso tiene su explicación en que ellas no abandonaban su antigua industria de sacerdotisas del amor mercenario, ante cuyo altar oficiaban, porque esto les servía de mucho para ejercer la profesión de saquear á sus incautos adoradores...

EL HOMBRE SIN APELLIDO

El caso curiosísimo y extraño de una persona que, teniendo y habiéndolo usado, ha perdido por completo sus apellidos y no puede llamarse más que Juan á secas, lo cuenta el interesado en la siguiente forma:

«Yo he nacido el 29 de Junio de 1876, en Lyon. Mi madre, Hubertina Laprete, comadrona de profesión, estaba entonces casada con un señor llamado D. Celestino Rosemont, empleado de comercio. Fui inscripto en el registro civil con el nombre de Camilo-José. Pero el marido de mi madre no era mi padre, é ignoraba que yo hubiese venido al mundo.

Mi padre era un señor Didier, un amigo de la familia. Con el apellido Didier fui yo designado durante toda mi infancia y mi adolescencia. Sin embargo, se me llamó á las armas como Rosemont, cosa explicable por la razón de que nada indicaba en el registro civil que fuese adulterino.

En estas circunstancias se pronunció el divorcio entre mi madre y el señor de Rosemont, quien, en 1890, enterado de mi existencia y de que yo llevaba legalmente su nombre, entabló un procedimiento contra mi madre y contra mí, para que denegásemos su paternidad, y á mí se me prohibió llevar el apellido de Rosemont.

Esto por una parte. Por la otra, mi padre verdadero, el señor Didier, no pudiendo reconocermelo, puesto que la ley prohibía en tal tiempo el reconocimiento de hijos adulterinos, tenía al menos el recurso de adoptarme y de legarme su apellido, á la edad de cincuenta y dos años—edad legal. Pero el señor Didier muere á los cincuenta y un años. Imposible, pues, el que yo pueda apellidarme Didier. Imposible también tomar el apellido de soltera de mi madre, é contránzose ésta casada con su marido en la fecha de mi nacimiento.

De manera que estoy sin apellido. No me queda más que mi nombre: Camilo-José. Si yo fuese príncipe, ó simplemente proleto, la cosa iría perfectamente; pondría una cruz delante de mi nombre, y nada más faltaba. Pero yo no soy más que un humilde proletario. Y por una cruel ironía de la suerte, mi oficio es litógrafo. Yo imprimo tarjetas de visita para personas que tienen á veces dos, tres, cuatro apellidos reunidos. ¡Ah, las personas que tienen un apellido no se dan cuenta de su felicidad!

ROUX Y LA TISIS

HASTA aquí el diagnóstico de la tuberculosis ha sido tan difícil como incierto, y cuantos reusos han empleado los médicos para hacerlo han resultado en muchísimos casos ineficaces ó engañosos. Ahora parece que se ha descubierto el medio seguro de conocer si una persona está ó no tuberculosa, y ha sido el doctor Roux quien lo ha expuesto en el Instituto Pasteur, conforme á las experiencias hechas en hombres y animales por el profesor Vallée, de Alfort.

Consiste la prueba en hacer varias incisiones en la piel del sospechoso de tisis, y frotarlas luego con la tuberculina. Si el individuo está tísico, se le produce en el sitio operado una inflamación, que puede llegar hasta constituir una pustula. En una persona sana, no produce la tuberculina ninguna reacción. Semejante prueba es considerada hasta aquí como concluyente.

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL.
Mesonero Romanos, 31.—Madrid.

DRAMA EN UN CORRAL



UNA NINA DESTROZADA POR UN OSO

Ayuntamiento de Madrid